

si el mismo príncipe de Orange hubiese querido ser príncipe elector lo habría sido con solo enviar muchos miles de ducados.

La milicia municipal ocupó el día de la elección las calles y plazas para evitar todo levantamiento, y se efectuó la elección unánimemente tomando parte en ella contados miembros del cabildo y además los enviados del Papa. Se hicieron retratos de los ausentes y de Gebhardo y se les arrojó al Rhin en solemne procesion. Pocos días después de la elección el nuncio del Papa, obispo de Vercelli, declaró destituidos y despojados de todos los beneficios eclesiásticos á los capitulares protestantes Adolfo de Solms, Juan de Winneburg, Tomás de Kriehingen y al preboste Jorge de Sain, cuya sentencia fué expuesta á la puerta de la catedral. El nuevo arzobispo se comprometió á velar por que en adelante no se admitiera á nadie en el cabildo sin jurar antes la confesion tridentina.

Los desórdenes de Colonia habían llegado á un verdadero cisma, porque Gebhardo no estaba dispuesto á ceder el campo á su contrario; de suerte que era de prever que la lucha del cabildo y del nuevo arzobispo contra el arzobispo excomulgado continuaria con mayor ensañamiento, y hasta que el incendio iniciado en Colonia acabaría en una guerra europea ó cuando menos en una gran conflagración de la Europa occidental, ya que la causa y el objeto de la lucha eran los mismos que tanta sangre habían costado á los Estados vecinos y que tan enardecidas tenían las pasiones de los partidos en el Imperio. Era de esperar que los hugonotes de Francia, los protestantes de los Países Bajos y la reina Isabel de Inglaterra se apresurasen á impedir con las armas que la propaganda hispano-católica avanzara también en Alemania y se apoderase de un territorio que era de la mayor y mas trascendental importancia para aquella propaganda. Era natural que los protestantes alemanes se levantaran unánimemente para apartar de Colonia una suerte que los amenazaba á todos si el catolicismo llegaba á dominar en aquel arzobispado. Pero los protestantes no pensaron entonces en levantarse y los magnates alemanes no pudieron desprenderse de su antipatía invencible contra todo disturbio y desorden en el Imperio, por cuya razon continuaron queriendo zanjar la contienda amistosamente y por mediacion pacífica. Esto era tanto mas lamentable cuanto que el ultramontanismo trabajaba por todos los medios á su disposicion para triunfar en Colonia. El Papa con su excomunion, la España con sus tropas y el duque Guillermo de Baviera, representante de las tendencias católicas en el Imperio, estaban allí para esgrimir sus armas á favor de los ideales del ultramontanismo. El duque de Baviera hizo los mayores esfuerzos á favor de su hermano, y su ambicion y entusiasmo religioso quedaron satisfechos cuando la casa de Baviera consiguió el arzobispado tanto tiempo ambicionado juntamente con la dignidad electoral. Si este príncipe bávaro hubiese podido, se habrían reunido los católicos del imperio alemán en una sola liga, pero sus esfuerzos con este objeto no dieron resultado. También trató de excitar la energia del apático emperador y la del Papa y el rey de España. Tales eran su afán y entusiasmo que hizo grandes sacrificios personales enviando 20,000 florines desde el primer momento á Colonia y ofreciendo adelantar el quintuplo de esta suma, diciendo que no podia hacer mas á causa de sus muchas deudas. Procedió inmediatamente á enganchar tropas que ya en el mes de agosto estuvieron en marcha para el teatro de la guerra y que al decir del mismo duque no eran gente cualquiera ni hombres perdidos como los del adversario. Indujo á su hermano menor Fernando á encargarse del mando de este cuerpo auxiliar, y suplicó al duque de Parma

que le enviara para asistir á su hermano un consejero de guerra de experiencia.

Un solo príncipe alemán, señor de un limitado territorio y de poder mas limitado todavía, pero de excelente criterio práctico y de mucho arrojo, se presentó al auxilio de Gebhardo. Este fué el conde palatino Juan Casimiro, que conservaba impertérrito las opiniones políticas de su padre y que estaba convencidísimo del deber que tenia la Alemania protestante de aceptar la lucha contra el ultramontanismo hispano-católico interviniendo en las turbulencias de la Europa occidental y en la cuestion de Colonia.

Ya habia prestado su espada al movimiento francés y de los Países Bajos sin que esto le privara de mirar también por su propio provecho al querer proteger el protestantismo perseguido, lo cual era muy natural en un soberano pobre que deseaba dar á sus actos mayor fuerza. El asunto de Colonia era para él una excelente ocasion de combatir la tiranía española que tenia el propósito de acabar con los protestantes y al mismo tiempo con la independencia y libertad de Alemania. En este asunto como en otros tuvo también presente su interés personal aspirando á obtener el arzobispado de Colonia en el caso de que lo perdiera Gebhardo. Este conde palatino fué el único soberano protestante que desde un principio se puso de parte de Gebhardo con toda lealtad, procurando impedir los enganches de tropa del duque Ernesto, á cuyo fin engancho también tropas á pesar de todas las advertencias y órdenes del emperador. Cerró el camino al cardenal Andrés de Austria al saber que habia sido enviado por el Papa para destituir y despojar de todos sus honores al elector Gebhardo y excitar disturbios en el arzobispado. Se encargó solícitamente del mando en jefe de los hombres armados que los magnates protestantes habian prometido enganchar para Gebhardo en el convenio de Worms. En seguida dirigió al cabildo una comunicacion enérgica diciéndole que no podia ser juez en su propia causa; que estaba perjudicando á todo el Imperio; que mucho menos podia hacer la guerra abierta á su soberano legítimo para satisfacer sus pretensiones; que si no deponia las armas y procuraba hacer salir la tropa española del Imperio, y por el contrario pasaba á elegir un nuevo arzobispo, él y otros magnates sostendrían al arzobispo Gebhardo en su puesto y en sus dignidades.

Los recursos votados en el convenio de Worms se presentaron muy escasamente, pero no debilitaron la resolucion del conde palatino. Tampoco le desanimaron el mal resultado de la asamblea de Erfurt ni la actitud del elector de Sajonia, que fué considerada como una traicion ignominiosa. A las advertencias que se le hicieron sobre la dificultad de su empresa como soberano aislado, contestó con valor citando la sentencia latina: *in magnis voluisse multum est*, y á veces añadió también que quizás su ejemplo induciria á otros á concluir con mayores fuerzas la obra por él empezada.

El pobre Gebhardo de Truchsess, abandonado de todos, aceptó con alegría la mano amiga que se le ofrecia y se trasladó de Westfalia á Friedelsheim donde tenia su corte Juan Casimiro. Allí se celebró entre los dos un convenio en el cual el conde palatino se obligó á facilitar al arzobispo una gran fuerza armada que él mismo mandaria, y en cambio el arzobispo le pignoró solemnemente el arzobispado para que pudiese pagar su gente.

Hecho esto, Juan Casimiro contestó á la última intimacion del emperador que le mandaba licenciar su gente armada y desistir de su propósito, que él habia prometido sostener al arzobispo contra los capitulares rebeldes protegidos por el emperador, y que no seria culpa suya que se derramara sangre en vista de que el emperador se sometia al Papa que solo

trataba de elevarse á expensas de los demás potentados, por lo cual era natural que los electores alemanes y demás príncipes no quisieran admitir semejante yugo insufrible.

Al salir de Kaiserslautern para dirigirse al teatro de la guerra publicó un manifiesto en el cual expuso los motivos de su expedicion emprendida para salvar al príncipe elector Gebhardo, perseguido á pesar de la paz territorial y religiosa, y para proteger la verdadera religion de la confesion de Augsburgo y la independencia de la nacion alemana contra la tiranía del papa de Roma. El conde se manifestaba en este escrito muy irritado y dispuesto á lo peor. Dijo á Dohna que esta expedicion habia de causar su muerte; hizo testamento y lo envió á su hermano el elector palatino á Heidelberg.

La campaña no llegó á tener las dimensiones que se esperaba. Mientras Juan Casimiro con sus 7,000 á 8,000 hombres observaba una actitud expectante en la orilla derecha del Rhin entre Bonn y Colonia, se presentó Fernando con su ejército poco mas fuerte en la orilla izquierda. El conde palatino, en lugar de pasarse el Rhin como deseaba Gebhardo, y dar á su contrario una enérgica embestida, maniobró durante semanas mientras Fernando reforzaba continuamente su posicion con tropas que recibia del campamento del duque de Parma. El mes de setiembre pasó sin que ocurriese ningun suceso notable, y al llegar octubre el conde palatino se halló sin dinero para pagar á sus tropas el sueldo correspondiente al segundo mes. Todos sus esfuerzos para obtener fondos de los Estados Generales ó de Gebhardo fueron vanos; el descontento se introdujo en sus filas y los soldados cometieron robos y otros excesos.

Entonces se presentó en el campamento un heraldo imperial que intimó al conde palatino la orden de licenciar inmediatamente sus tropas bajo pena de ser puesto fuera de ley y de perder todos sus feudos y fueros. Al mismo tiempo se comunicó á los soldados y oficiales la orden de abandonar al conde.

Muchos individuos de las tropas descontentas aprovecharon la ocasion para retirarse, lo cual dió lugar á amargas quejas del cuartel general de Casimiro, y en una de estas comunicaciones se dice: «Nuestra causa en lugar de adelantar atrasa. Los soldados alemanes pierden la confianza. Truchsess, que se halla entre nosotros, no se afecta por nada. Por lo general se emborracha en la comida, y después de haber dormido una hora no hace mas que sembrar la confusion entre la gente sin ayudar en nada á Casimiro. Los aldeanos de Julich empiezan á levantarse y matan como perros rabiosos á cuantos pueden coger de los nuestros. Las cosas se hallan en tal estado, que temo que nuestra empresa no pueda resistir mucho tiempo á no ser que Dios envíe el remedio.»

Las cosas llegaron á tal extremo, que la expedicion guerrera de Juan Casimiro excitó la mofa de todo el mundo tanto entre los protestantes como entre los católicos.

El conde palatino habia tomado ya la resolucion desesperada de retirarse con los restos fieles de su cuerpo á Westfalia cuando en 16 de octubre recibió en su campamento de Oberhonnfeld la noticia de que cuatro días antes habia muerto su hermano el elector Luis. Casimiro aprovechó esta ocasion para desprenderse del asunto de Colonia bajo el pretexto de ser su presencia en el Palatinado mas urgente que en parte alguna, y sin mas tardar se dirigió á Heidelberg dejando á su fiel Fabian de Dohna la mision difícil «de atar el cascabel al gato,» es decir, de excusar á su soberano y de licenciar sus soldados. El licenciamiento de los soldados de caballería se efectuó bastante bien, pero faltó poco para que los infantes le mataran.

Con esto quedó sellada la muerte de Gebhardo.

El elector Luis, al marcharse su hermano al teatro de la

guerra, habia tomado la resolucion de excitar á todos los protestantes á hacer un esfuerzo comun, á cuyo fin habia citado á los principales á una reunion en Mulhouse y redactado para las deliberaciones un programa muy vasto proponiéndoles que reclamaran la satisfaccion de sus antiguos agravios, que hicieran frente á los peligros que recientemente les amenazaban y se opusieran á las prácticas del Papa, apoyaran á Gebhardo y devolvieran la tranquilidad á Colonia. Expuso también en el mismo programa la necesidad y los medios de abolir el juramento que los electores eclesiásticos debian prestar al Papa en perjuicio del Imperio, la defensa que los protestantes debian hacer en el caso de que el Papa excitara á una ó varias potencias á perseguir la confesion de Augsburgo, la interpretacion que debia darse al artículo litigioso de la reserva eclesiástica, y el medio de alcanzar el reconocimiento de la declaracion de Fernando.

Dió mucho cuidado á la corte imperial este proyecto de asamblea; pero el elector Luis murió y la reunion protestante no se realizó, con gran satisfaccion de la corte imperial y del elector de Sajonia que solo habia accedido á tomar parte en la asamblea por no poderse excusar, y que al saber la muerte de Luis cambió completamente de política, en lo cual le imitó Juan Jorge de Brandeburgo. El sajón y su colega decidieron á sus colegas eclesiásticos de Maguncia y de Tréveris á solicitar la abdicacion de Gebhardo á favor del duque Ernesto en cambio de una pension anual suficiente.

Gebhardo, que se encontraba entonces todavía en posesion de una parte muy regular de sus territorios y que aun esperaba vencer con las armas, rechazó indignado la proposicion mediadora; pero la guerra tomó para él un giro cada vez mas desconsolador. Después de varias pérdidas menores cayó Bonn á mediados de enero de 1584 en manos del enemigo por traicion de las tropas de la guarnicion sublevadas, y los vencedores desahogaron su ira en la infortunada poblacion con gran crueldad. Pronto quedó la parte alta del arzobispado en manos de los católicos, y la parte baja se halló en el mayor peligro. Fernando habia pasado ya el Rhin y avanzaba contra la Westfalia que empezó á vacilar en su fidelidad. Gebhardo entonces huyó, pero perseguido fué alcanzado y derrotado: no obstante, pudo salvarse con cosa de 1,000 jinetes en territorio holandés. Entonces sometió Fernando también la Westfalia. El clero católico expulsado por Gebhardo regresó; se sofocó el movimiento iniciado de reforma protestante; los jesuitas empezaron á recorrer y convertir el país, y al aproximarse el verano estaban libres de las tropas de Gebhardo los territorios de Colonia y sometidos á su nuevo soberano bávaro.

Solo faltaba que el nuevo soberano fuese admitido entre los príncipes electores, y entonces fué otra vez el elector luterano de Sajonia quien conquistó el voto favorable del elector luterano de Brandeburgo; de suerte que á principios del año 1585 firmaron éstos la admision del nuevo soberano de Colonia en su colegio.

La solucion de la cuestion de Colonia fué un nuevo triunfo para el ultramontanismo, mas importante que el éxito que habia obtenido en el parlamento de 1582, en el cual por primera vez habia estallado la lucha de la reserva eclesiástica; porque en el caso de Colonia obtuvo su primera y brillante victoria. Si hubiese tenido buen éxito la tentativa del protestantismo para impedir treinta años antes la extension del ultramontanismo por medio del baluarte levantado en Augsburgo, habria quedado muy amenazada la existencia del catolicismo en el Imperio, porque si hubiese quedado vencido en Colonia habria peligrado también en otros territorios eclesiásticos, ya que mas de un magnate eclesiástico estaba inclinado á imitar el ejemplo de Gebhardo en caso de haber

salido airoso de su empeño (1). Esta contingencia excitó justamente la atención en los dos partidos religiosos. Los protestantes habían manifestado siempre en todos sus escritos que el interés del protestantismo en general estaba en juego en Colonia, y que si los de Colonia quedasen vencidos aguardaría la misma suerte á otros protestantes. Los católicos por su parte previeron que, en caso de salir los protestantes victoriosos en Colonia, se apoderarían de todos los arzobispados y obispados y los secularizarían, ó como dijo el consejero imperial Gail: «Los protestantes tratan de hacer un agujero en la paz religiosa para anular la reserva eclesiástica y poner en su lugar la libertad religiosa, y por consiguiente exterminar el catolicismo.»

En esta situación parece sorprendente que todo este asunto quedara localizado.

Verdad es que el emperador estaba completamente de parte del cabildo de Colonia y que prohibió indignado toda intervención armada á favor de Gebhardo. Sostuvo con gran entusiasmo la validez de la reserva eclesiástica, y no escaseó legaciones, cartas y mandatos, pero no mostró nunca verdadera resolución de imponer su opinión y voluntad á todo evento. Dejó al Papa enteramente la iniciativa, aprobó su ingerencia en los asuntos interiores del Imperio y se sometió enteramente á su autoridad faltando al deber que tenía de sostener su autoridad imperial.

Los miembros del Imperio imitaron á su jefe conduciéndose con igual indolencia. Los círculos, cuya misión y cuyo deber eran oponerse á tan escandalosa violación de la paz interior, no tomaron ninguna resolución decisiva porque la discordia religiosa entre sus miembros les tenía paralizados. Los individuos protestantes estaban de parte del arzobispo y los católicos de parte del cabildo; es decir, que en lugar de velar todos por el interés del Imperio, procuraba cada uno el interés de su partido. El elector de Sajonia Augusto y el numeroso partido luterano adoptaron una actitud que según ellos era correctísima y completamente patriótica, pero que no produjo ninguna utilidad al Imperio y perjudicó en gran manera á su religión. El elector Luis que colocó en primer término el interés del partido se desanimó demasiado pronto, y la intervención de Juan Casimiro no pasó de una intención fugaz que no produjo ningún efecto.

El emperador y los católicos alemanes rivalizaron con sus contrarios en indolencia é irresolución, pero no así el Papa, el rey de España y la casa de Baviera, que desplegaron una actividad que compensaba abundantemente la inacción de sus correligionarios tanto, que respecto del duque de Baviera pudo decir el canciller del ducado, Wimpfeling: «La conservación de nuestra fé cristiana católica y la verdadera bienandanza de nuestro sacro Imperio se apoyan actualmente sobre la casa de Baviera.»

Era evidente que donde nadie se moviera enfrente del Papa, de España y de Baviera, el ultramontanismo tendría la victoria asegurada. Estas potencias habrían encendido con motivo del asunto de Colonia una guerra europea, y si no se llegó á este extremo, fué debido á la inercia de los protestantes, pues los alemanes, á pesar de saber que en Colonia se jugaba el todo por el todo, no echaron mano á las armas; y como el extranjero protestante tampoco se mezcló en la contienda, quedó reducido el asunto de Colonia al modesto cuadro de una guerra particular interior, de carácter local, cuya marcha fué en extremo sencilla, si bien de consecuencias trascendentales que hicieron esta guerra el principal suceso en la historia del desenvolvimiento alemán en

(1) El autor sin quererlo justifica con estas palabras el procedimien-
to del Papa. (N. del T.)

aquella época. En efecto, esta guerra restituyó al Papa su antigua influencia sobre el Imperio, llamó á los españoles dentro del Imperio, reforzó la posición de Baviera en el Noroeste de Alemania, posición tan importante para la propaganda hispano-católica, aseguró la reserva eclesiástica, impidió la formación de una mayoría protestante en el colegio de los príncipes electores, y finalmente dió nueva vida y mayor confianza á los trabajos de restauración católica.

LA DECISION DE LA SUERTE DEL EPISCOPADO
EN LA ALEMANIA DEL NOROESTE

Con la decisión del asunto de Colonia empezó á realizarse el destino de la Alemania del Noroeste.

Tan pronto como la casa de Baviera se vió en la posesión segura de Colonia, pasó en la primavera de 1584 á trabajar nuevamente para adquirir el obispado de Munster, en el cual la administración de Julich venía á ser una preparación del dominio de Baviera. Para hacer renunciar á la posición de administrador del obispado de Munster al príncipe heredero de Julich, Juan Guillermo, se procuró casarle, y por la irresistible influencia del duque de Baviera sobre el duque de Julich, éste, á pesar de haber casado á sus hijas con príncipes protestantes, confió al duque Guillermo de Baviera el encargo de elegir esposa para su hijo, de acuerdo con el Papa, el emperador y el rey de España. Fué elegida la princesa Jacoba de Baden Baden, cuya casa acababa de ser convertida al catolicismo por la Baviera misma, y así se mataron, como decirse suele, dos pájaros de un tiro: se ligó á Juan Guillermo más estrechamente al interés bávaro y se dejó libre el acceso á la silla de Munster para el duque Ernesto.

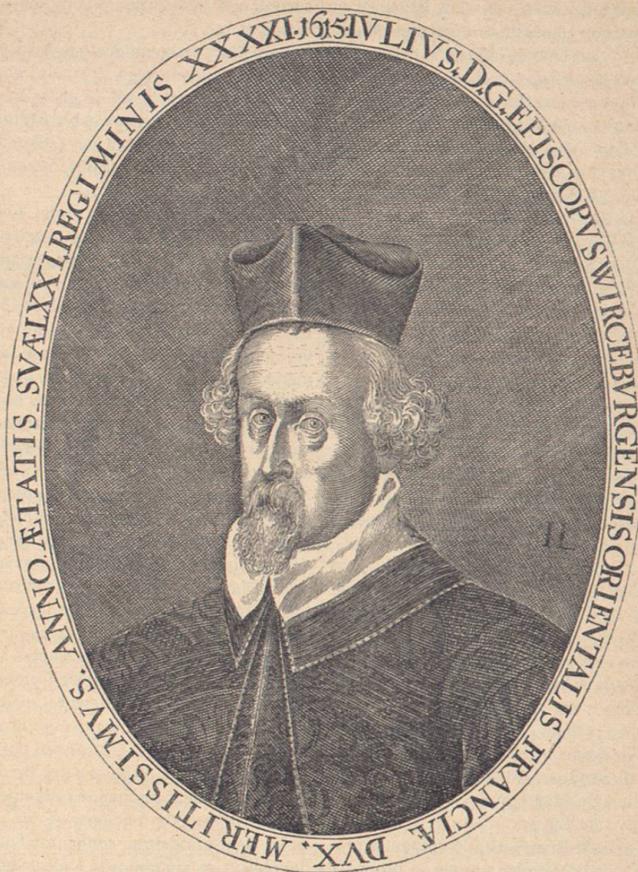
El papa Gregorio bajo la influencia de los jesuitas se declaró á favor de la candidatura de Ernesto para dicho obispado de Munster, pues se prescindió de la ilegalidad de la acumulación de prebendas en una mano en vista de las mayores ventajas políticas. La mayoría del cabildo se declaró también á favor de Ernesto, aunque no faltaron corrientes y candidatos contrarios, figurando entre estos últimos el arzobispo Enrique de Bremen, que continuó sus esfuerzos para conseguir además aquel otro obispado, el más importante de Westfalia. Una parte de los capitulares hubiera deseado ver sentado en la citada silla episcopal al duque Enrique Julio de Brunswick, obispo protestante de Halberstadt; por otro lado los holandeses trabajaron para impedir que la casa de Baviera, fidelísima compañera de España, extendiera su dominio sobre Munster, y también protestó en el mismo sentido contra el destituido arzobispo de Colonia. A su vez la ciudad de Munster, que deseaba que fuese nombrado obispo un buen católico, suplicó al cabildo que renunciara á la elección de Ernesto, porque no quería un obispo que tuviera interés en guerras exteriores.

Cuando el cabildo en vista de estas corrientes encontradas empezaba á vacilar, el papa Gregorio le excitó á proceder sin demora á la elección; le recomendó al arzobispo Ernesto de Colonia, y el emperador no tardó en apoyar esta recomendación. La muerte del arzobispo Enrique, ocurrida justamente entonces, en la primavera de 1585, facilitó al cabildo la obediencia, y tres semanas después, gracias á los esfuerzos del chantre Godofredo de Raesfeld, fué elegido Ernesto por unanimidad obispo de Munster.

Con la posesión de Munster se redondeó completamente en el Noroeste de Alemania la posición bávara católica, quedando desde entonces bajo su influencia todo el territorio eclesiástico alemán fronterizo con los Países Bajos, desde el Dollart hasta la frontera de Francia, así como los territorios de Cléveris.

Desde entonces tomó un vuelo mucho más enérgico la reacción católica conducida hasta entonces de una manera vacilante en Munster. A mayor abundamiento, Ernesto había prometido expresamente en su capitulación emprender en su obispado la lucha hasta donde alcanzaran sus fuerzas contra todas las sectas é innovaciones rebeldes. Muy pronto se presentaron á excitación suya algunos jesuitas de Colonia en el obispado de Munster, donde se establecieron definitivamente con los bienes y recursos que les había legado por

testamento el ya citado chantre que había fallecido en octubre de 1586. No tardaron, pues, en disponer de una iglesia de su propiedad y de una escuela para la enseñanza; algunos meses después predicaron en la catedral, y al cabo de otro par de meses les fué confiada la dirección del instituto de segunda enseñanza, donde se aumentó rápidamente el número de escolares que acudieron de cerca y de lejos. No



Julio Echter de Mespelbronn, obispo de Wurzburg. Facsimile de un grabado de J. Leypolt

faltó tampoco resistencia en la población, suscitada por los esfuerzos de restauración de los jesuitas favorecidos por la autoridad, y hasta hubo ocasiones en que se opuso á estos restauradores la mayoría del cabildo; pero las luchas y discordias quedaron extinguidas en el primer decenio del nuevo siglo, y cuando se hubo desarrollado y fructificado la semilla sembrada por los jesuitas por medio de sus alumnos, el ultramontanismo quedó dueño del campo.

El arzobispo Enrique de Bremen había muerto en abril de 1585 á consecuencia de una caída de caballo cuando todavía no había cumplido 35 años. En sus últimas palabras dió gracias á Dios por haberle humillado tanto, con lo cual seguramente quiso aludir á la necesidad de abandonar los grandes y vastos proyectos que había formado. Era uno de aquellos príncipes de la Iglesia que en tan gran número se

contaban en aquella época, los cuales haciendo traición á su convicción religiosa se posesionaban de prebendas, y una vez conseguidas, manifestaban su convicción y verdadera creencia, pero sin tener el valor de admitir las consecuencias ni menos de convertirse pública y solemnemente á la religión que en el fondo profesaban, como había hecho el arzobispo Gebhardo de Colonia. Por lo mismo el difunto arzobispo de Bremen solo había servido á medias los intereses protestantes, y el ultramontanismo tuvo en su diócesis gran facilidad para avanzar con decisión y unión, mientras encontró mayores obstáculos allí donde el obispo de un país protestante había adoptado públicamente la confesión de Augsburgo despreciando la reserva eclesiástica sin cuidarse de las consecuencias.

Con la muerte de Enrique quedaron vacantes, además de su arzobispado, dos obispados de Westfalia, el de Paderborn y el de Osnabruck.